

VENTANA ABIERTA

SOBRE IBEROAMÉRICA

La cultura del latrocinio

Escribió Ortega y Gasset que «la moral es una cualidad matemática: es la exactitud aplicada a la valoración ética de las acciones».

Eso es precisamente lo que hoy falta en la vida pública de muchos países. No sé de dónde ha surgido el criterio, por desgracia muy extendido, de que la actividad política está exenta, o debe estarlo, de limitaciones morales.

Aparte de la ética genera, que tiene que ver con la conducta de las personas, hay una ética de las ideologías políticas y de las teorías económicas. Y, por supuesto, de las acciones que en nombre de ellas se realizan. Esa ética está vinculada al «para quién» se gobierna o en «favor de quién» se hacen las propuestas económicas.

Nunca en nuestra historia habíamos entrado en un proceso de descomposición global, de ausencia de normas éticas y jurídicas e, incluso, de referencias morales para el comportamiento de las personas, en el marco de una corrupción degenerativa y contagiosa —que se extendía en una suerte de metástasis— como en los cinco

meses de gobierno de Abdallah Bucaram, su familia y sus amigos, a partir del 10 de agosto de 1996.

Con él llegó al gobierno una nueva plutocracia enriquecida al amparo del contrabando y los negocios sueros, que fue la que financió su campaña electoral.

Durante este lapso la corrupción se institucionalizó, formó su propia cultura, con sus códigos, sus usos, sus jerarquías e, incluso, sus honores y distinción sociales. La honestidad fue vista casi como una extravagancia.

La pregunta que se suele hacer en el exterior —y que nos hacemos nosotros también— es que cómo un nombre de tan bajos quilates pudo llegar a ser presidente de Ecuador. Y la única respuesta posible es que, en circunstancias de desajuste emocional y desencanto generales, un bufón locuaz e impreparado, sin ninguna cultura, pudo atraer los votos desesperados de la gente. Cuando esas circunstancias se dan, un pueblo —cualquier pueblo— puede votar hasta por el

diablo: Así se encumbró el hitlerismo en Alemania y antes el fascismo en Italia. Es el voto desesperado de la gente.

Ducaram dando un concierto de rock durante su presidencia.



Pero el pueblo ecuatoriano libró una gran batalla cívica para recuperar su dignidad. Las movilizaciones masivas de los días 5, 6 y 7 de febrero de 1997, de magnitudes que no se habían visto desde la revuelta popular de 1944, fueron ejemplares por la convicción de la gente, por su alegría en medio de la adversidad, por su decisión. He visto desfilar cuarenta cuerdas de gente sin que un solo almacén haya cerrado sus puertas o clausurado sus vitrinas. Esto sólo puede pasar en Ecuador. Masas gigantescas que no cometieron un solo acto de pillaje o de saqueo. Recuerdo aquella tarde en la plaza de San Francisco — plaza de piedra frente a la hermosa iglesia barroca y al convento mandados construir en el siglo XVI por Carlos I— el pueblo firme ante la brutal represión, que sólo esperaba nuestra orden para marchar a la rama del Palacio de Gobierno y expulsar de allí a Bucaram.

Nos habíamos fijado como tiempo límite las ocho de la noche. La multitud estaba impaciente. A las siete y veinte nos llegó la noticia de que el malandrin había abandonado el palacio por la puerta de la cocina. Cargado de culpas y de dinero. Eso nos ahorró un baño de sangre.

Como suele ocurrir con todos los gobiernos de su estirpe populista, Bucaram postuló la «fuerza de los pobres» pero entregó el comando de la economía a tres de los hombres más ricos del país, habló contra la bancocracia pero puso cinco banqueros entre los siete miembros de la Junta Monetaria, aplicó con salvajismo las recetas neoclásicas que antes impugnó, ajustó la economía por el lado de los trabajadores y de la gente pobre y continuó con la política de privatizaciones dentro de los más puros cánones neoliberales a pesar de haberla maldecido poco antes. Éste es el sino de todos los populismos y el suyo no fue ciertamente el primer caso de un populista que llegó al poder con el voto de los pobres para seguir a las oligarquías.

La conducta de Bucaram fue anómala. Dedicó la mayor parte de su tiempo útil a la pachanga. Injurio a todo el mundo desde las alturas del poder. Se refugió detrás de los insultos para esconder su falta de preparación, su incapacidad, sus flaquezas, sus miedos, su inseguridad personal. No tenía oficina, escritorio o lugar conocido de trabajo. Simulaba estar en todo y en nada estaba. Gobernaba, si es que a eso puede llamarse gobernar, desde la habitación de un hotel de cinco estrellas, la cancha de fútbol o la tarima farandulera. No concurría al palacio racional porque tenía miedo a los fantasmas de la vieja casona. Esto, que parecería una broma, lo decía con entera seriedad.

Los «shows» de Bucaram le dieron una cierta notoriedad en la prensa ávida de noticias truculentas. Fue una notoriedad similar a la que en su momento tuvieron Jean Bedel Bokassa en la República Centroafricana por su ridícula coronación como «emperador» o Idi Amin en Uganda que hizo noticia en el mundo por su ignorancia omnívota y su brutalidad. La estabilidad emocional de Bucaram estaba en entredicho. Se habían publicado tiempo atrás estudios psiquiátricos sobre el trazarriente de su personalidad.

El pueblo reaccionó contra esto. Según las encuestas el 95% de la población pedía la salida de Bucaram. Las masas en la calle gritaron «que se vaya». Entonces el congreso declaró vacante su cargo por incapacidad mental para gobernar.

La «incapacidad mental» que argumentó el parlamento para declarar vacante su cargo no supone, como es lógico, la conversión del congreso en una clínica psiquiátrica ni del presidente en su paciente. El sentido que este concepto tiene en el Derecho Constitucional no es el mismo que el de los manicomios. No se necesita ser loco de atar para tener incapacidad de gobernar. Un sujeto que se negaba a trabajar en el palacio de gobierno por terror de los fantasmas o que se creía cantor y se pasaba cantando («Bucaram: róbate el país pero no cantes», decía por ahí un grafito pintado en las paredes de Quito) o que, tahir compulsivo, dedicaba todas las noches y las madrugadas a jugar *poker* con sus amigos para dormir luego la mañana entera y desatender las obligaciones de su cargo, ciertamente que no es un loco de manicomio pero está incapacitado psíquica y emocionalmente para gobernar.

Así terminó esta pesadilla. El pueblo dijo basta a la cleptocracia bucaramista.

Hoy tiene ya cinco órdenes de prisión por otros tantos juicios penales debidos a enriquecimiento ilícito con fondos públicos. Fugó de país y fue a parar a Panamá. Su gobierno, en un penoso trance, contrariando elementales normas del derecho internacional, le concedió «asilo político» como si fuera un perseguido por sus ideas y no un sujeto buscado por los tribunales ordinarios de justicia. Y esto ocurrió precisamente cuando los países latinoamericanos —Panamá incluido— se comprometieron hace un año, mediante la Convención Latinoamericana contra la corrupción suscrita en Caracas, a ayuda'se mutuamente para impedir que los malhechores de cuello blanco evadan la acción de la justicia.

RODRIGO BORJA

EX-PRESIDENTE DEL ECUADOR